

Deseos y creencias: la pregunta por lo social en el paradigma de Gabriel Tarde.

Martín Monsalve.

Cita:

Martín Monsalve (2012). *Deseos y creencias: la pregunta por lo social en el paradigma de Gabriel Tarde*. VII Jornadas de Sociología de la UNLP. Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-097/5>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

"Deseos y creencias: la pregunta por lo social en el paradigma de Gabriel Tarde"

Autor: Martín Monsalve (FLACSO).

Dirección: Carlos Melo 1233, Vicente López (1638), Buenos Aires.

Correo electrónico: martinmonsalve83@gmail.com

Introducción

Las dos últimas décadas del siglo XIX fueron un momento de grandes convulsiones y de aceleración del ritmo de cambio social. Fenómenos como la tecnología, la urbanización, el secularismo y la democracia transformaron radicalmente, y en pocos años, la vida de millones de personas al igual que sus concepciones más fundamentales. Una intensa preocupación recorrió el mundo occidental por comprender este nuevo conjunto de valores civilizatorios que se iban integrando al compás del ascenso de la industria y la política de masas. En otras palabras, un inédito debate por la cuestión de lo social tuvo lugar tanto en las casas de estudio universitarias como en el público en general.

Gabriel Tarde fue uno de los que hicieron frente a este debate, y lo hizo de una manera que se negaba a separar lo individual de lo colectivo. Frecuentemente descartado como el oponente excéntrico y poco científico de Durkheim, la sociología de Tarde partía de la relación inter-psicológica que se produce entre los sujetos que conforman un colectivo social. La relación inter-psicológica entre estos individuos delimita una unidad coherente: esta unidad es el dominio de lo social, un espacio entre el individuo y las estructuras compuesto por deseos y creencias.

Tarde considera que la dinámica propia de los deseos y creencias consiste en propagarse, a través de la imitación, la invención y la oposición. “La vida social”, por lo tanto, “se compone de un espeso entrecruzamiento de irradiaciones de este género, entre las cuales las interferencias son innumerables” al igual que su combinación en fenómenos sociales nuevos (Tarde, [1898] 1983: 61). La imitación, concepto clave en este paradigma, implica la transmisión y copia, entre los miembros de un grupo social, de una forma de pensar, hacer o sentir. Las conductas e ideas son, entonces, imitaciones de conductas e ideas que hay por miles; estas imitaciones dan lugar, a su vez, a oposiciones destructoras o adaptaciones armónicas bajo la forma de invenciones.

Así, Tarde construyó un edificio intelectual que negaba la radical separación entre individuo y sociedad para definir aquello que constituye lo social. Su punto de vista toma como elemento central la heterogeneidad conformada por la relación entre ambos términos. Allí, en ese espacio, deseos y creencias articulan, componen y descomponen, a los individuos y las estructuras sociales.

Fundamentos para una ciencia de lo social

Una característica compartida por los teóricos clásicos de lo social, es el hecho de que nunca exponen su pensamiento de una manera sistemática; se hace difícil, en verdad, encontrar en sus obras lugares donde poder detenerse ante una descripción acabada de su pensamiento. Ciertamente, Tarde no escapa a este planteo. Sus principales ideas se encuentran diseminadas en una gran cantidad de libros y artículos, lo que genera una de las mayores dificultades a la hora de reconstruir su particular lectura de lo social. Creemos que una manera fructífera, entre varias posibles, de aproximarnos a sus conceptos más interesantes, consiste en tomar como punto de partida las críticas que se le han hecho, buscando agrupar los múltiples fragmentos alrededor de las mismas.

Empecemos señalando, entonces, que Tarde ha sufrido dos críticas recurrentes desde que formulara sus ideas hacia la vuelta del siglo XIX (Candea, 2010: 5-11). La primera objeción lanzada por sus críticos ha aludido a la falta de racionalidad científica de su edificio intelectual. Se ha dicho, en numerosas ocasiones, que la manera especulativa, carente de método, casi intuitiva, con la que Tarde abordaba su objeto de estudio, lo habría acercado, antes que a una actitud científica, a una postura metafísica (Tonkonoff, 2011: 15). Su escritura, evocativa y literaria, suelta, muchas veces asimilable a un registro de corte ensayístico, ha reforzado esta impresión de poca científicidad. La segunda crítica ha puesto el énfasis en su orientación individualista: al tomar como punto de partida la realidad individual, Tarde habría formulado una psicología de las motivaciones individuales, y no una sociología en el sentido estricto del término¹.

En cuanto a la primera acusación, debemos decir que Tarde nunca abandonó la búsqueda de una ciencia de lo social². El punto clave está en comprender que, con el objetivo de construir, también él, un campo autónomo para la nueva disciplina

¹ En el fondo, ambas críticas son el producto de la visión canónica instituida por la escuela sociológica de Durkheim y sus discípulos. Recordemos que Durkheim se propuso fundar la “ciencia positiva de los hechos sociales”, para lo cual realizó una separación absoluta entre individuo y sociedad. Dado que Tarde se negó a separar lo individual de lo social, entonces, por un lado, no habría hecho una ciencia propiamente de lo social, y por el otro, lo que efectivamente hizo puede resumirse como psicología. (Candea, 2010: 7)

² De hecho, decir que el discurso teórico de Tarde no posee rigor científico implica pasar por alto uno de los puntos centrales del debate que mantuvo con Durkheim, a saber, qué significaba una sociología científica. Incluso, como señalan varios autores, Tarde buscó reconfigurar lo que había de específicamente científico en la ciencia y en su época (Vargas, et. al., 2012: 167-199).

sociológica, partió de un lugar distinto al de sus contemporáneos. Siguiendo el principio aristotélico según el cual “no existe en realidad una ciencia individual considerada como tal”, sino que “no hay más que una ciencia general”, Tarde arribó a tres grandes leyes científicas que rigen todos los fenómenos del universo: la ley de la repetición, la ley de la adaptación, y la ley de la oposición (Tarde, [1898] 1983: 6). La ciencia, desde este punto de vista, consiste en considerar “cualquier región u orden de la realidad” bajo estos tres aspectos: las repeticiones, las oposiciones y las adaptaciones (Tarde, [1898] 1983: 7). Por lo tanto,

estas consideraciones son necesarias para indicar lo que debe ser la sociología si quiere merecer el nombre de ciencia [...]. No conseguirá elevarse ni más ni menos que otra ciencia cualquiera, sino poseyendo, y teniendo conciencia de que posee, el dominio propio de repeticiones, el dominio propio de oposiciones, el dominio propio de adaptaciones, todos característicos y de su exclusiva propiedad (Tarde, [1898] 1983: 10).

Ahora bien, esto nos lleva a preguntarnos cuál es, dentro de este paradigma, el dominio propio de la sociología, cuestión que nos acerca a la segunda de las críticas que hemos mencionado, a saber, el supuesto individualismo que Tarde le habría asignado a la ciencia de lo social. Y si bien es cierto que destaca la relación entre dos mentes conscientes, los individuos son un punto de llegada y no de partida en su teoría.

Desde sus primeras publicaciones en la *Revue Philosophique*, Tarde defendió la idea de que las maneras de hacer, sentir y pensar de las personas son producto de dos componentes psicológicos: la creencia y el deseo³. “En el fondo de los fenómenos internos”, afirma Tarde, “[existen] tres elementos, la creencia, el deseo y su punto de aplicación, el sentir puro”. “Los dos primeros términos”, continúa, “son las formas o las fuerzas innatas constitutivas de un sujeto, los moldes donde recibe el material bruto de la sensación” (Tarde, 1880: 153). De esta manera, los juicios y las acciones humanas tienen su origen en las creencias y deseos que cada individuo posee en su conciencia⁴.

Sin embargo, y he aquí el meollo del asunto, lo que le interesa a Tarde no es tanto la conciencia individual sino la relación entre conciencias; y esto es así por una sencilla razón: las relaciones inter-psicológicas explican el lazo de semejanza que se

³ Más adelante, Tarde dirá que las personas son mónadas abiertas compuestas de creencias y deseos. Esta será la base de su distintiva ontología (Lorenc, 2012: 77-80).

⁴ Los deseos representan una “energía de tendencia psíquica, de avidez mental”, lo que podríamos englobar como voluntad o pasión, mientras que las creencias son una energía “intelectual, de adhesión y constricción mental”, vale decir, de adhesión a ciertas ideas (Tarde, [1898] 1983: 24).

crea en toda agrupación humana. “No es precisamente en la psicología *intra* cerebral”, nos dice Tarde, “donde hay que inspirarse, sino en la *inter* cerebral, pues ésta estudia las analogías que existen entre varios individuos” (Tarde, [1898] 1983: 21). Muchos sostienen que es la acción coercitiva y externa de la colectividad sobre el individuo lo que explica la coincidencia de ideas, juicios e intenciones en un gran número de sujetos sociales. Sucede que, en opinión de Tarde,

semejantes explicaciones son ilusorias, pues al eludir la dificultad mayor, que es la de saber cómo ha podido tener lugar esta asimilación general, sus autores no han tenido en cuenta que entre millones de hombres que forman esa fuerza colectiva, no es posible que deje de haber relación (Tarde, [1898] 1983: 30-31).

Al relacionarse, los individuos intercambian “sus conocimientos, sus actos volitivos, sus juicios y sus pensamientos, formas que pueden permanecer siendo las mismas a pesar de sus diferencias” (Tarde, [1898] 1983: 23). Estos conocimientos, juicios y pensamientos análogos forman los lazos de solidaridad que mantienen a los individuos unidos, ya que los vuelve progresivamente semejantes. Por eso, en esta sociología lo que importa son los deseos y creencias que se portan, no el sujeto que los porta (Barry y Thrift, 2007: 509-525).

Puesto en otras palabras, Tarde considera que las creencias y los deseos, esto es, aquellas “ideas y medios tan precisos” simultáneamente presentes “en todos los espíritus y voluntades de una misma sociedad”, constituyen el fundamento de la vida social (Tarde, [1898] 1983: 26). La interacción entre los miembros de un grupo da lugar a una unidad formada por sus conexiones inter-psicológicas: este es el dominio de la vida social, lugar en el que descansa el objeto de estudio de la sociología tardeana. Para Tarde, lo “social” consiste en un flujo agregado, continuo y cambiante de creencias y deseos; el individuo es un lugar de paso, o, mejor dicho, de sedimentación y reproducción de estos flujos (Tonkonoff, 2008: 40).

De esta manera, Tarde sentó las bases de su sociología aplicando las tres leyes científicas al ámbito que constituye lo social. Desde este punto de vista, un estudio científico de la realidad humana tiene, como objetivo, estudiar las formas que asumen la repetición social, la adaptación social y la oposición social: imitación, invención y oposición son los tres conceptos centrales de este paradigma. Cada uno de ellos constituye un fenómeno inter-psicológico, operando como canales que permiten a los

deseos y creencias repercutir en todo el tejido social. Como veremos a continuación, de los tres fenómenos mencionados, el más importante es la imitación; los otros dos, invención y oposición, son, en el fondo, subsidiarios del primero.

Imitación, invención y oposición

La imitación es la forma que adopta, en la realidad social, la Ley de la Repetición: “[la] herencia es la forma propiamente vital de la repetición, como las ondulaciones o en general los movimientos periódicos en la forma física, y la imitación [...] en la forma social” (Tarde, [1898] 1983: 17). Según Tarde, este fenómeno social consiste en “la tendencia a pasar por vía de la amplificación progresiva de un infinitesimal relativo a un infinito relativo”, es decir, es el modo específico por medio del cual los sujetos devienen en semejantes, el modo por el cual lo diferente se vuelve homogéneo (Tarde, [1898] 1983: 122). Expliquemos este argumento. Una manera de hacer, pensar o sentir surge en una persona, influyendo en otra persona, la cual servirá, a su vez, como ejemplo a terceros: “la imitación de hombre a hombre, [...] es consecuencia de la imitación de estado a estado en el mismo hombre” (Tarde, [1898] 1983: 30). Este efecto inter-psicológico es lo que Tarde llama “amplificación o irradiación imitativa”, la totalidad de irradiaciones de ese género que se desprenden de un individuo cualquiera y cuyo ejemplo se propaga⁵.

Por lo tanto, “una vez metidos en la vida social”, nos dice Tarde, “imitamos a los demás a cada momento, [...] ya que ajustamos nuestros actos a modelos colectivos e impersonales” (Tarde, [1898] 1983: 27 y 30). La imitación, como se observa, homogeniza el espacio social, por lo que “cada nuevo acto de imitación tiende a fortalecer el lazo social” (Tarde, [1898] 1983: 29). De allí que este factor, producto de la relación entre una infinidad de conciencias, sea, dentro del esquema diseñado por Tarde, el más importante, aquel que constituye el núcleo de la vida social, y, por extensión, de su teoría.

Tarde desarrolla tres argumentos en torno al concepto de imitación. En primer lugar, las corrientes imitativas funcionan como una especie de sugestión de persona a

⁵ Aquí reside, para Tarde, la diferencia entre la imitación social y la imitación puramente psicológica. De allí la respuesta que diera a Durkheim, cuando éste último descartó a la imitación como un factor exclusivamente psicológico: “Si la idea o la imagen recordada ha sido originariamente depositada en la mente por una conversación o lectura, si el acto habitual ha tenido por origen la visión o el conocimiento de una acción análoga de otro, [...] es una memoria y un hábito no individuales, sino colectivos” (Tarde, [1884] 2011: 54).

persona: “una acción cualquiera de cualquiera de nosotros da a los semejantes que son testigos la idea más o menos irreflexiva de imitarla” (Tarde, [1884] 2011: 56). La transmisión y copia de un juicio o un querer se realiza de manera inconsciente, como si fuera, esencialmente, algo contagioso. De allí que vivir en sociedad, esto es, “ponerse a tono y a la moda con ese medio, hablar su jerga y copiar sus gestos”, implica “abandonarse sin resistencia a esas múltiples y sutiles corrientes de influencia del entorno [...], al punto de perder toda conciencia de este abandono” (Tarde, [1884] 2011: 63). La esencia de esta sugestión entre personas es similar -y he aquí una de las conclusiones más notables de Tarde- al sonambulismo: “no me pierdo en ninguna fantasía al ver al hombre social como un verdadero sonámbulo”⁶ (Tarde, [1884] 2011: 53).

Segundo, la sugestión de una persona es tanto más rápida y fácil cuantas más veces esa persona haya sido sugestionada (Tarde, [1884] 2011: 59). La vida en sociedad, sobre todo en nuestras grandes urbes modernas, ofrece una multiplicidad de estímulos diferentes, los cuales, asimismo, están constantemente cambiando. Esto agudiza el estado de “trance hipnótico” en el que se encuentran los sujetos sociales, ya que sobreexcita su capacidad imitativa: a más estímulos, más copias, lo que termina reforzando la actitud adormecida y refleja del sonámbulo. Por eso, en palabras de Tarde, “el carácter dominante de los sonámbulos es una mezcla de anestesia e hiperestesia”; he aquí la doble condición compartida por millones de ciudadanos (Tarde, [1884] 2011: 62).

El tercer argumento ligado al concepto de imitación tiene que ver con el “efecto cascada”; en resumidas cuentas, un ejemplo se propaga de arriba hacia abajo, o, lo que es lo mismo, “se verá que a quienes se imita, se los respeta, y a todos aquellos a quienes

⁶ Al principio de su producción intelectual, Tarde asociaba la imitación con la hipnosis; la influencia de una conciencia sobre otra era equiparada a la sugestión que se ejerce sobre el paciente (Tarde, 1903: 74-88). Este hecho no es propio de Tarde, sino que estaba relacionado con el auge de las teorías de la sugestión en el momento en que escribe. Muchos de sus contemporáneos habían aplicado las mismas ideas al fenómeno de las masas, fenómeno que constituyó, al igual que el delito, una de las principales preocupaciones sociales decimonónicas. El famoso ensayo de Gustave Le Bon sobre la psicología de las masas es un producto ejemplar de este clima de época. Si bien Tarde posee algunos reparos contra estas ideas, lo cierto es que su concepto de imitación proviene de la misma fuente. De allí que utilice expresiones como sonambulismo y magnetización para referirse al mecanismo mediante el cual opera la solidaridad social. Más adelante, hacia finales de la década de 1890, Tarde modificará esta perspectiva inicial, reemplazando la idea de sugestión por la de comunicación para explicar la influencia que una persona ejerce sobre otra. Esta nueva perspectiva aparecerá desarrollada, con toda claridad, en *El público y la multitud*, uno de los últimos artículos que Tarde publicó en vida; allí se observa que, para nuestro autor, más que clases sociales lo que existen son públicos que reproducen modas y tradiciones. Ver TARDE, Gabriel ([1901] 2011): “El público y la multitud”. En: Gabriel TARDE, *Creencias, deseos, sociedades*, Buenos Aires, Cactus.

se respeta, se los imita” (Tarde, [1884] 2011: 64). Suele suceder, señala Tarde, que “un hombre prestigioso da un impulso, seguido de inmediato por millares de personas que lo copian en todo y por todo” (Tarde, [1884] 2011: 61). La sugestión, ese “encanto magnético” de persona a persona, posee una relación proporcional al lugar jerárquico y al respeto que ocupa el foco imitativo. De allí la existencia de jerarquías sociales -y las relaciones estratificadas- entre los individuos de un mismo grupo.

Si la imitación supone la esencia de toda sociedad⁷, la invención, en tanto expresión social de la Ley de la Adaptación, es el motor de las mismas. “La adaptación social elemental”, escribe Tarde, “es la invención individual destinada a ser imitada, es decir, la interferencia feliz de dos imitaciones en un solo espíritu” (Tarde, [1898] 1983: 122). Sucede, muchas veces, que los flujos imitativos se combinan o adaptan de una manera novedosa en una conciencia individual⁸, poniendo en el mundo una diferencia. Esta diferencia constituye una invención, y, si es imitada, adquirirá el estatus de social⁹. “En otras palabras”, explica Tarde, “a las repeticiones se suma una variación, punto de partida de repeticiones nuevas” (Tarde, [1902] 2011: 70).

He aquí, entonces, como surgen las creencias y deseos: irradiaciones imitativas de juicios, conductas e imaginaciones que se encuentran en un individuo, articulándose armónicamente para producir algo nuevo: “la invención presenta siempre la característica de ser una intersección de rayos imitativos, una combinación original de imitaciones” (Tarde, [1902] 2011: 74). Tal como se desprende de lo anterior, la invención es un fenómeno social, es decir, nunca se inventa de la nada sino que aquello que se combina proviene del reservorio espiritual de toda sociedad¹⁰; sin embargo, este fenómeno permanece como algo raro y difícil, ya que toda invención debe enfrentarse con viejas innovaciones devenidas en tradiciones, e incluso, como veremos en seguida, debe luchar con otras que se le oponen.

⁷ “De allí la siguiente definición del grupo social: un conjunto de seres que se imitan entre sí o que, sin imitarse efectivamente, se asemejan, y sus rasgos comunes son copias antiguas de un mismo modelo” (Tarde, [1884] 2011: 43).

⁸ El “inventor” es aquel capaz de que se junten en él cosas que ya existían aunque no combinadas y esto da lugar a nuevas variaciones. Son personas en las cuales lo social se junta de una manera novedosa (Tarde, [1902] 2011: 78-85).

⁹ Por eso que la palabra clave en este paradigma es *diferencia*; no es *semejanza* como en el caso de Durkheim, o *lucha* como puede percibirse en Marx.

¹⁰ “A partir de esto, vemos lo que el individuo creador debe a la sociedad, todo lo que hay de colaboración social en la creación individual aun la más genial” (Tarde, [1902] 2011: 75). Asimismo, para Tarde, la combinación que se da en toda invención posee siempre un carácter binario. “En efecto, cualquiera sea el número de los elementos imitativos requeridos para que de su intersección surja una nueva invención (destinada ella misma a irradiar imitativamente), ellos se dividen en dos grupos que se acoplan como si no hubiera más que dos elementos para combinar”. Y concluye: “Toda invención es en el fondo [...] la reunión de dos términos a través de una cópula” (Tarde, [1902] 2011: 76 y 77).

La oposición es el tercer fenómeno social estudiado por Tarde. Las creencias y deseos no sólo se combinan de maneras novedosas, dando lugar a invenciones factibles de ser copiadas, sino que también pueden chocar. En este sentido, la oposición social no es distinta a la invención; consiste, en esencia, en una tendencia que se amplifica en una esfera siempre progresiva a partir de un foco irradiador¹¹. Pero, en este caso, lo que se propaga es “una contradicción de dos creencias o de dos deseos” (Tarde, [1898] 1983: 122). La tendencia de un ejemplo, a expandirse en progresión geométrica, dentro de un grupo social, “algunas veces ve obstruido su paso por obstáculos de diversos géneros”. El obstáculo más significativo “que detiene la expansión de una innovación social y su consolidación en costumbre tradicional, es alguna otra innovación también expansiva que la encuentra en su camino” (Tarde, [1898] 1983: 41). Así surgen todos los conflictos sociales, del tipo que fuesen; las polémicas, por ejemplo, son oposiciones simples, localizadas, mientras que las guerras constituyen oposiciones masivas.

Un argumento crucial de Tarde en relación a las oposiciones sociales, es su énfasis en las contra-semejanzas. La idea de oposición no debe ser confundida con la de simple diferencia; si dos corrientes sociales poseen un máximo de diferencia, probablemente nunca se choquen, en virtud de que, al estar tan alejadas entre sí, cada una tiene su propio radio de acción. Para oponerse, “dos términos deben equivalerse, es decir, deben tener una medida en común, lo que supone su similitud y su igualdad bajo [algún] punto de vista en cuestión” (Tarde, [1897] 2011: 104). De esta manera, como dice Tarde, la oposición “es una clase de repetición muy singular, la de dos cosas semejantes, dispuestas a destruirse entre sí en virtud de su misma semejanza” (Tarde, [1898] 1983: 53). En otras palabras, la neutralización producto del “semejante opuesto” actúa como fuente de todas las oposiciones (Tarde, [1897] 2011: 100).

Tarde y su definición de lo social

Llegados a este punto, estamos en mejores condiciones de precisar esta reflexión de lo social. Lo importante aquí es tener presente que la clave no está en el individuo que imita, y cuyas posteriores repeticiones dan lugar a invenciones u oposiciones - destinadas, también ellas mismas, a ser imitadas- sino en aquello que es imitado. Por eso, “no confundamos mi pensamiento con la teoría de los grandes hombres”, nos

¹¹ En efecto, siempre que individuo duda entre dos formas de hablar, dos modos de actuar, dos ideas que se contraponen, etc., tiene lugar un choque de irradiaciones imitativas que parten de focos diferentes.

advierde Tarde. Y agrega: “a mi entender, aquello que dirige el mundo no son los grandes hombres sino más bien las grandes ideas que vienen a anidar en hombres muy pequeños” (Tarde, [1902] 2011: 73). Muchas de esas ideas provienen del pasado más lejano, y llenan, desde hace tiempo, “el espacio de su radiación imitativa”; nos referimos a “instituciones muy antiguas, industrias muy antiguas, cuentos populares, matrimonio”, etc. Otras han surgido “en tiempos no tan antiguos, o modernos, o muy recientes, las que están irradiando y propagándose poco a poco” (Tarde, [1902] 2011: 77).

[...] representémosnos en suma el espíritu social como un inmenso cielo donde hay tantas estrellas de todos los tamaños que brillan como las pequeñas o grandes invenciones que hay o hubo, cada una de las cuales irradia o ha irradiado en una esfera más o menos vasta [...], pero todas atravesando sus rayos imitativos en los cerebros de los hombres, atravesamientos que por lo general no perjudican ni sirven para nada, pero que a veces tienen una acción eficaz y que, entonces, son unas veces choques, mutuas destrucciones (porque hay contradicción de ideas y objetivos), y otras alianzas fecundas que, en este último caso, encienden nuevos focos, nuevas estrellas ellas mismas radiantes. De manera que en este cielo estrellado, a diferencia del de nuestras noches, las estrellas se multiplican por la sola intersección de sus rayos. Y allí reside el progreso social (Tarde, [1902] 2011: 77).

La sociología de Tarde trabaja, entonces, en un lugar intermedio entre el individuo y las estructuras¹². Este ámbito intermedio es el dominio propio de “lo social”, un flujo constante e infinito de creencias y deseos que se imitan, se oponen y que pueden combinarse de maneras nuevas dando lugar a novedosas diferencias¹³. Lo social es un dominio que opera entre el individuo y la sociedad: este el punto de partida y la génesis de toda la vida colectiva, que homogeniza a los individuos convirtiéndolos en sujetos sociales, y que, al mismo tiempo, forma las grandes estructuras que los encuadra. La vida social “no es más que el fluir, confluir y diferir de las corrientes inter-

¹² Mejor dicho, lo que caracteriza a esta sociología es que opera en un lugar intermedio entre posiciones individualistas (los individuos preceden a la sociedad y se unen para conseguir un beneficio) y posturas estructuralistas (la sociedad es una totalidad porque produce a los individuos que luego la reproducen en sus acciones).

¹³ Un punto importante, que merece ser destacado, es que este campo de fuerzas resultante es, para Tarde, factible de ser cuantificado. Esto va en contra de aquellos que señalan su poca vocación empírica a la hora de aproximarse a los hechos sociales. Las estadísticas de tendencias políticas, de temas sociales -como el aborto-, de incidencias criminales, de prácticas religiosas, e incluso -una serie de estadísticas que le interesaron mucho a Tarde- aquellas que expresan el movimiento de los mercados, constituyen medidas cuantitativas de la propagación y repercusión de los deseos y creencias. Ver LATOUR, Bruno (2010): “Tarde’s idea of quantification”. En: Matei CANDEA (ed.), *The social after Gabriel Tarde. Debates and assessments*, London, Routledge.

mentales de convicción y pasión que tanto componen como descomponen a la sociedad y sus sujetos” (Tonkonoff, 2011: 17). Se observa que el individuo es un punto de llegada, pero también lo son las grandes estructuras de toda sociedad.

La sociedad, dentro de este esquema, es un agregado, una red de redes, la cual, por esa misma razón, no llega a cubrir del todo a las partes que la componen. Toda sociedad está compuesta por corrientes o flujos, esto es, redes de sentido superpuestas y heterogéneas. Cada elemento tiene múltiples conexiones con otros elementos que están en otras redes, lo que implica que cada organismo, institución, estructura, etc., está atravesado por distintas redes, lo que implica que nunca un sistema o red “agencia” totalmente a la cosa¹⁴. Por eso Tarde dirá -en otra de sus conclusiones más perspicaces- que el todo siempre es más simple y menor que las partes: la vida social es más plural y más amplia que la sociedad. ¿Implica esto una postura individualista? No, porque los sujetos sociales también, recordemos, son producidos por lo social; en otros términos, en un individuo siempre hay más que un individuo.

De esta manera, las grandes estructuras e instituciones sociales son redes sedimentadas de deseos y creencias, actuadas, entonces, por individuos convencidos y apasionados. Y, como se ve, estas ideas se corresponden con un estudio genealógico: en el origen, siempre hay un foco de irradiación, lo que nos obliga a ir hasta lo infinitesimal para comprender grandes regularidades. Tarde nos invita a aceptar la idea de que los conceptos tienen que ser explicados, y no darse por sentados.

Conclusiones

Tarde sentó las bases de su sociología en una serie de artículos y libros publicados en las décadas de 1880 y 1890. Un argumento central recorre todos estos escritos. Tras cualquier fenómeno, siempre es posible observar ciertas regularidades, y la ciencia, en tanto productora de conocimiento, debe ocuparse de dichas regularidades. Conductas, prácticas, juicios e ideas imitadas por millones reproducen un conjunto de semejanzas regulares. Pero también sucede que las diferencias existen, y una teoría de la

¹⁴ Y Foucault, siguiendo de cerca a Tarde, lo que va a discernir es que estas redes son relaciones de poder. Tomemos, por ejemplo, un caso conocido: la institución policial. Desde esta óptica, la policía está atravesada -agenciada- por distintas redes que la hacen funcionar como instrumento de seguridad; sin embargo, puede suceder que esas redes que la atraviesan la hagan funcionar como una institución vinculada al narcotráfico, tal como se da muchas veces. Por eso, en la sociología de Tarde, no existen las categorías analíticas; por ejemplo, no existe el Estado, sino que, en todo caso, el Estado es un conjunto de redes o un conjunto de relaciones entre redes políticas.

sociedad debe dar cuenta de ellas. De allí que lo primero en la sociología de Tarde sea lo heterogéneo, lo caótico, “lo social”, el flujo permanente e infinito de creencias y deseos que forman el espacio intermedio que existe entre el individuo y la sociedad.

Cuando decimos que Tarde trabaja en un campo intermedio, nos referimos a que concibe la formación y el funcionamiento del mundo social sobre la base de la repetición y la diferencia. Nuestra cultura es una cultura de la repetición: un flujo imitativo que va reproduciendo en el tiempo estructuras o tradiciones. Dentro de este esquema, cualquier hecho social que aparezca como una nueva diferencia, es concebido como una invención. En el origen, por ende, lo que existe es un invento; se lo establece como moda y se lo copia; con el tiempo, si perdura y no se ve interferido por otros hechos sociales, se convierte en tradición. Una forma de hacer, sentir o pensar se inventa, luego se copia, se disemina, y así se va produciendo una sociedad. En el origen de las semejanzas y reproducciones sociales hay siempre un ejemplo que es copiado por otros.

Tres cuestiones importantes se desprenden de este análisis. Primero, las partes individuales siempre escapan al todo. Podemos reformular esta idea de la siguiente manera: a diferencia de Durkheim, para quien existe una conciencia colectiva o supraindividual, la cual ejerce una acción externa y coercitiva sobre los individuos, en Tarde lo que encontramos es una multiplicidad de flujos compuestos por creencias y deseos, y los individuos están siempre atravesados por muchas de estas corrientes de sentido; por ende, no hay homogeneidad en la sociedad, así como tampoco hay homogeneidad total entre los individuos. Segundo, los individuos siempre están abiertos a nuevos flujos imitativos. De hecho, como vimos, la vida en sociedad implica “un fenómeno de contagio de la creencia y el deseo” (Tarde, [1884] 2011: 65). Nuevas pasiones e ideas son permanentemente sugeridas y copiadas. Tercero, en este paradigma, la posición del cambio es permanente, esto es, la sociedad está mutando de manera constante. Dado que en todo momento hay espacio para que ciertos individuos puedan combinar cosas que ya existían y producir algo nuevo, continuamente se suceden múltiples invenciones que reconfiguran el espacio social.

En un cálido comentario, Henri Bergson, compañero de Tarde en el College de France, señaló que sus ideas en torno a la imitación y la propagación de los fenómenos sociales habían abierto nuevos horizontes a toda una generación, auspiciándole un lugar destacado en las décadas venideras (Millet, 1970: 9). Razones no le faltaban a Bergson, y otros que apuntaron en la misma dirección, para esgrimir estos argumentos. Al

momento de su muerte, en 1904, Tarde se encontraba en la cima de su carrera intelectual, gozando de un profundo respeto tanto a nivel local como internacional; identificado como uno de los grandes pensadores de su tiempo, se lo asociaba con figuras como Comte, Spencer y Darwin (Candea, 2010: 6). Y, a pesar de ello, su manera de aproximarse a lo social pareció desaparecer con él, por lo menos hasta bien entrado el siglo XX cuando muchas de sus ideas fueron retomadas -aunque, hay que decirlo, sin una mención explícita- por figuras como Gilles Deleuze y Michel Foucault.

Hoy, con las obras completas de Tarde reeditadas hace apenas algunos años atrás, pereciéramos estar asistiendo a lo que algunos han denominado como una “tardemanía”. Es que, olvidado por mucho tiempo, este paradigma no ha perdido, en absoluto, su poder explicativo. En el centro de la sociología tardeana está el combate de frente con la paradoja de actuar y de que actúen sobre uno: al negarse a separar lo individual de lo colectivo, Tarde se volcó a la comprensión de la paradoja misma. “Pensemos siempre”, nos recuerda, “en todo lo que hay de social en lo individual y todo lo que hay de individual en lo social. Nada menos contradictorio que esas dos verdades complementarias” (Tarde, [1902] 2011: 75). Este es, quizá, el movimiento filosófico y epistemológico más atrevido de su interpretación de lo social; su mayor contribución a la sociología contemporánea radica en que remodela la escala, el ser, las relaciones y las perspectivas de análisis (Tonkonoff, 2011: 27-31; Candea, 2010: 10).

Volvamos, ahora, a la pregunta central de nuestra época. ¿Qué es, entonces, una sociedad? Cedámosle las últimas palabras a Tarde: “la sociedad es la imitación, y la imitación es una especie de sonambulismo” (Tarde, [1884] 2011: 65). Estupendas palabras que condensan un enorme potencial creativo.

BIBLIOGRAFÍA

BARRY, Andrew y Thrift, Nigel (2007): “Gabriel Tarde: imitation, invention and economy”. En: *Economy and Society*, Vol. 36, Issue 4, London, Taylor & Francis, pp. 509-525.

LORENC, Theo (2012): “Afterword: Tarde’s Pansocial Ontology”. En: *Monadology and Sociology*, Melbourne, Re.Press.

MILLET, Jean (1970): *Gabriel Tarde et la philosophie de l’Histoire*, Paris, Vrin.

TARDE, Gabriel (1880): “La croyance et le désir: possibilité de leur mesure”. En: *Revue Philosophique de la France et de l’Etranger*, Vol. X, Juillet a Décembre, Paris, PUF, pp. 150-180.

----- ([1884] 2011): “¿Qué es una sociedad?”. En: *Creencias, deseos, sociedades*, Buenos Aires, Cactus.

----- ([1897] 2011): “La idea de oposición”. En: *Creencias, deseos, sociedades*, Buenos Aires, Cactus.

----- ([1898] 1983): *Las Leyes Sociales*, Barcelona, Sopena.

----- ([1902] 2011): “La invención considerada motor de la evolución social”. En: *Creencias, deseos, sociedades*, Buenos Aires, Cactus.

----- (1903): *The laws of imitation*, New York, Henry Holt and Company

TONKONOFF, Sergio (2008): “La sociología criminal de Gabriel Tarde”. En: *Delito y Sociedad. Revista de Ciencias Sociales*, Año 17, No. 26, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

----- (2011): “Sociología molecular”. En: *Creencias, deseos, sociedades*, Buenos Aires, Cactus.

VARGAS, Eduardo Viana, et. al (2012): “El debate entre Gabriel Tarde y Émile Durkheim”. En: *Empiria. Revista de metodología de ciencias sociales*, No. 23, enero - junio, pp. 167-199.